

## CAPITULO XXI.

Reyerta del adelantado Montejo con el obispo Las Casas antes de volver á Yucatán.—El Adelantado sale de Chiapas y vuelve á Campeche pasando por Tabasco.—Los principales capitanes españoles bajan á Campeche á recibirlo.—Levantamiento de los indios orientales en 1546.—Crueldades que cometen con los españoles.—Martirio de Juan y Diego Cansino.—Asesinato de Hernando de Aguilar y de otros capitanes.—Lope de Mena y Gonzáles de Ayala se escapan de la muerte y dan aviso en Valladolid de la sublevación.—Sitio de Valladolid por los indios.—El cabildo de Valladolid acuerda sostenerse, y nombra por capitán á Alonso de Villanueva.—Se piden auxilios á Mérida.—Simpatías que despierta la insurrección en varios lugares.—Sale de Mérida Francisco Tamayo Pacheco, con cuarenta soldados, en auxilio de Valladolid.—Resistencia que encuentra en el camino.—Rompe el sitio de Valladolid, y entra en esta villa.—Alonso Villanueva y Francisco Tamayo Pacheco atacan á los indios sitiadores.—Nuevos auxilios llegan de Mérida, al mando de los capitanes Juan de Aguilar, Francisco de Bracamonte y Hernando de Bracamonte.—El adelantado Montejo se propone ahogar rápidamente la insurrección.—Nombra general en jefe á su sobrino, y marcha éste á ponerse al frente de la campaña.—Pequeña tregua.—Renovación de las hostilidades.—Los indios levantan el sitio de Valladolid.—Los españoles los persiguen y acosan en sus pueblos.—Ataque de Pixtemax.—Arrojo de Sebastián Vázquez.—Ocupación de Chemax.—Exploración en los bosques.—Sublevación en Chetemal.—Juan de Aguilar va á sujetar á los rebeldes.—Su pacificación.—Política de nepotismo del Adelantado.—Elecciones municipales de 1547.—Concesión de encomiendas vacantes. Proceso iniciado al Lic. Hernán Sánchez de Castilla.—Petición de amparo que hizo D. Luis de Zayas al justicia mayor de Yucatán.—Prisión del Lic. Villafrades.—Residencia del adelantado Montejo y de los capitanes de la conquista, por el Lic. Rogel.—El padre Villagómez.—Sus pretensiones al obispado de Yucatán.

Antes de separarse de Chiapas, el adelantado Montejo tuvo un conflicto con el obispo Las Casas,

con motivo de la evangelización de Tecoluitlan. El obispo y los religiosos dominicos se habían esparcido por esta tierra á predicar la religión cristiana, y pretendían convertir á los indios de aquella lejana provincia por sólo la persuasión, el buen ejemplo y la instruccion, y al efecto habían conseguido del virrey de Nueva España que prohibiese á todo español armado la entrada en aquella tierra, á la cual los religiosos habían nombrado Vera-Paz,<sup>1</sup> como queriendo indicar que allí solo entraría el cristianismo por la paz, y que la fuerza de las armas nunca habría de asolarla. Realmente los dominicos habían alcanzado excelentes frutos reduciendo á muchos indios, convirtiéndolos y fundando varias iglesias. El adelantado Montejo, acaso queriendo consolidar la obra comenzada, envió un capitán allí á fundar una villa dependiente del gobierno de Chiapas. Los religiosos creyeron ver, en esta fundación, una amenaza seria al buen éxito de sus trabajos, y protestando contra la intervención de Montejo, le acusaron al virrey de Nueva España, y alcanzaron de éste orden perentoria por la cual el capitán y soldados de Montejo tuvieron que desalojar la recién fundada villa.

No era, sin embargo Montejo, el adelantado, enemigo sistemático de los religiosos, pues en tanto que molestaba á los dominicos con su intrusión en Vera-Paz, vimos ya que se mostró muy simpático para con los franciscanos, á quienes ofreció toda protección en su gobierno de Yucatán, y aun les ofreció hacer en su compañía el viaje de regreso á

<sup>1</sup> *Cartas de Indias*, pag. 20.

la península, sólo que esta última promesa no la pudo cumplir. No sabemos qué estorbos tuvo que le impidieron ponerse desde luego en camino y acaso sería porque tuvo que pasar por Tabasco, donde hacía tiempo faltaba y tenía intereses cuantiosos, entre ellos varias encomiendas que había trasladado en cabeza de un hijo natural que en Tabasco había tenido con una india, y también en cabeza de D<sup>a</sup> Beatriz, su esposa.<sup>1</sup>

En Mérida, Campeche y Valladolid se sabía con anticipación que el Adelantado debía llegar próximamente de Tabasco, pues desde Octubre de 1546 los principales capitanes y conquistadores se habían trasladado á Campeche á darle la bienvenida. Fué prolongada su espera, pues el Adelantado hubo de llegar á San Francisco de Campeche el 25 de Diciembre de 1546.<sup>2</sup> Al llegar, encontró la península con grande agitación por la sublevación de los indios orientales que había estallado simultáneamente en varios pueblos de los Tazes y Cupules, el 9 de Noviembre de aquel mismo año.

Aunq̄ue sojuzgados los indios, por la fuerza de las armas unos, y otros por el convencimiento de su impotencia, había sin embargo algunos pueblos ó tribus que impacientes tascaban el freno, y que ardían en deseos de sacudir el yugo y librarse de la dominación española. Dábales alientos el verse ellos tan numerosos y á los españoles pocos y separados entre sí por largas distancias: los españoles vivían en la ciudad de Mérida y en las tres

<sup>1</sup> *Cartas de Indias*, pag. 74.

<sup>2</sup> *Cartas de Indias*, pag. 73.

villas de Campeche, Valladolid y Salamanca de Bacalar; mas aunque allí tuviesen su vivienda y familia, tenían también casa en los pueblos de sus encomiendas, donde cada uno de ellos, solo y aislado, pasaba de cuando en cuando cortas temporadas ya para la cobranza del tributo, ya para el arreglo de las granjerías que empezaban á establecer.

Los Cupules y los Tazes del oriente eran los que más aborrecían á los españoles, y entre ellos nació la primera idea de acabarlos, matándolos á todos al mismo tiempo en los diversos lugares en que se encontrasen. Con el mayor sigilo formaron una conspiración, acordando que al salir los españoles á cobrar el tributo por los pueblos de sus encomiendas, se levantasen los indios y los asesinasen á mansalva, pues encontrándose incomunicados y cercados de enemigos, no era de temer que resistiesen, y así en un mismo día acabarían con tan temibles adversarios. Enviáronse emisarios secretos por todos los pueblos, y la conjuración se esparció como oculta red con tanta destreza y disimulo que los españoles no se dieron cuenta del golpe que les amenazaba: lejos de sospecharlo, muchos de ellos muy quitados de la pena, tranquilos y alegres, se fueron á Campeche á recibir al Adelantado.

Por fortuna, por más bien urdida que hubiese estado la conjuración, no pudo cundir en todo el país y se circunscribió á los cacicazgos del oriente, en donde el 9 de Noviembre de 1546,<sup>1</sup> en noche de luna llena, que fué la señal que ellos tuvieron para alzarse, estalló con el mayor coraje y rabia en di-

<sup>1</sup> Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo I, pág. 395.

versos pueblos á la vez.<sup>1</sup> Fué tanta la exaltación de los rebeldes, que no solamente hicieron sentir su recalcitrante odio á los españoles, sino á todo aquello que les parecía oler á español, ó que llevase la menor huella, signo ó recuerdo de España. Mataron diez y ocho españoles que estaban diseminados en los pueblos, seiscientos indios naborias que servían á los españoles, muchos de ellos sus hermanos, hijos ó deudos: ni aun los animales procedentes de España, como perros, gatos, gallinas, se escaparon de su saña: capitanes esforzados que habían pasado ilesos en innumerables combates, fueron asesinados vilmente después de inicuos tormentos. Así murieron Hernando de Aguilar, Juan de Villanueva, Juan de la Torre, Pedro Zurujano, Bernardino de Villagómez, Juan de Villagómez y Pedro Durán.

Fueron inauditas las crueldades que los rebeldes cometieron con los españoles é indios naborias, cogidos de improviso é indefensos: á unos, vivos les sacaban los corazones, á otros los descoyuntaban, les cortaban los brazos y las piernas.

En Chemax los indios rebeldes prendieron á dos jóvenes hermanos llamados Juan y Diego Cansino. No quisieron matarlos en el acto de aprehenderlos y se complacieron en darles una muerte tan lenta como horrible. Prepararon dos cruces en la plaza y fijaron en ellas á las dos desgraciadas víctimas: desnudos, al aire libre, tostados por los rayos del sol, estuvieron sirviendo todo el día de blanco á las fle-

<sup>1</sup> Instrucción y memoria de Juan de Urrutia, encomendero de Cahan-Cenote, Chauac-há y Chechmilá.

chas que por turno disparaban los indios entre gritos de odio, imprecaciones é insultos. Los cuerpos de los infelices, convertidos en espantosa criba, manaban arroyos de sangre que, en vez de producir la compasión, encendían las iras de los verdugos. En tanto, los intrepidos mancebos sufrían valerosamente aquel martirio, y refugiándose en sus consoladoras creencias religiosas, distraían sus dolores cantando la salve, y, á los acentos de esta oración dulcísima, se despedían de todas sus prendas terrenales, vislumbrando los destellos de la luz de otra nueva vida que les daban fortaleza y serenidad: todo el día estuvieron padeciendo, y al declinar la tarde espiraron. Ni las sombras de la noche, ni el espectáculo de los cadáveres ensangrentados pudieron apaciguar la furia de los indios: calientes todavía los cadáveres los bajaron de las cruces, cortáronles las cabezas, las colocaron en estacas, y así sangrando, pusieronlas los capitanes sobre los hombros en trofeo: despedazaron luego los miembros y los enviaron por medio de mensajeros á otros pueblos, con invitación ardiente de alzarse á sangre y fuego contra los españoles.

En Aké, dormía á pierna suelta el capitán Hernando de Aguilar cuando sitiaron su casa y le prendieron: esa misma noche le mataron cortándole la cabeza y los demás miembros. El capitán Hernando de Aguilar era de los conquistadores más valientes y esforzados; vino de Cartagena y Cabo de la Vela donde brilló como valiente; había asistido á todas las batallas de la conquista, terminada la cual, se estableció primero en Mérida y luego en Valladolid. Dejó á su muerte tres hijas, de las cuales la

mayor, Ana de Aguilar, casada con Bernardo Sánchez, fué madre del Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar, uno de los yucatecos más ilustres del siglo XVII.<sup>1</sup>

En Pixtemax ó Hemax, los indios incendiaron durante la noche la casa de su encomendero Juan López de Mena, suponiendo que allí dormía y que se quemaría juntamente con la casa, ó que, si quería escaparse, caería de seguro en sus manos. Se engañaron en la suposición, pues en la casa solamente dormían dos adolescentes españoles educandos del encomendero que murieron achicharrados. Juan López de Mena, por fortuna suya, había partido esa misma noche á visitar una hacienda que estaba fomentando en las cercanías: esta circunstancia lo salvó, pues tan pronto como distinguió el humo del incendio, y el pavoroso rumor de la gritería llegó á sus oídos, comprendió el serio peligro que corría, montó á caballo, y á toda prisa se dirigió á Valladolid á dar aviso de la sublevación.

No menos feliz que López de Mena anduvo Diego González de Ayala encomendero de Calotmul, á quien salvó su audacia inaudita. Estaba en su morada en compañía de un negro fiel y adicto cuando oyó ruido como de gente que se aproximaba en tropel. Salido á la puerta, á la luz de la luna vió la multitud de indios que caminaban en dirección á su casa. Con la mayor celeridad se armó de lanza y adarga, y ordenó á su fiel sirviente que ensillase su caballo: paróse á la puerta de la casa enérgico y de-

<sup>1</sup> *Probanzas de méritos y servicios del antiguo conquistador de Yucatán, Hernando de Aguilar, su hijo Bernardo Sánchez, y nieto Alonso Sánchez de Aguilar.*

cidido á vender bien cara la vida; apostrofó con valerosas palabras á sus adversarios llegando á intimidarlos y detenerlos algunos instantes con su lenguaje y aire agresivos: en tanto, el negro aprovechó los momentos, ensilló el caballo y lo trajo á su jefe, quien inmediatamente montó é hizo subir á la grupa al ágil y activo sirviente á quien no quería dejar entregado á la furia de los enemigos: metió la espuela, crujió el látigo, y el ligero animal arrancando tan rápidamente como un relámpago, cruzó ante la multitud de indios que sobrecogidos y atónitos un instante, prorrumpieron en gritos de odio y maldición, y corriendo en pos del indómito jinete, ibanle arrojando piedras y saetas: el caballo corría sin descanso, camino de Valladolid.

La llegada de López de Mena y González de Ayala á la villa libró á ésta de ser tomada por sorpresa: los vecinos nada sabían de la trama que estaba desarrollándose tan cerca de ellos. Despertaron de su letargo, y, comprendiendo que estaban al borde de un abismo, se aprestaron á la más vigorosa defensa: despacharon correos extraordinarios á Mérida y Campeche, pidiendo con apremio que les enviasen socorros.

La situación de la villa de Valladolid era de las más apuradas, y todo hacía creer que sucumbiría, si, como se susurraba, había un levantamiento general de los indios de la comarca. Apenas había veinte españoles capaces de tomar las armas; los demás vecinos de la villa estaban ausentes ó inútiles; unos estaban en Campeche adonde habían ido á recibir al Adelantado; otros estaban esparcidos en los diferentes pueblos de sus encomiendas, y se temía que

hubiesen sido asesinados: las familias se sumieron en la mayor consternación temiendo ser sacrificadas si el auxilio pedido no llegaba oportunamente: la única esperanza era que los indios no se distinguían por la presteza en los movimientos.

Los españoles no se dejaron desmayar en tan ruda prueba: el cabildo se reunió, y nombró por capitán general á Alonso de Villanueva, que era alcalde aquel año,<sup>1</sup> y se formó un pequeño ejército compuesto de los veinte españoles aptos para la guerra, de algunos mejicanos que se habían acercado en la villa, y de indios naborias: decidieron sostenerse á todo trance y dar tiempo á que el auxilio deseado llegase.

A los pocos días se tuvo noticia de que más de veinte mil indios<sup>2</sup> estaban alzados y marchaban con dirección á Valladolid. El capitán Villanueva ideó un plan que le permitió defenderse de tan gran multitud de enemigos: al aproximarse los rebeldes á las goteras de la villa, el capitán Villanueva armó hasta á los enfermos é inútiles, y se propuso hacer una salida que atemorizase y desconcertase á los asaltantes: dejó unos cuantos españoles en el centro de la villa tocando cajas y cornetas, y salió con todo el grueso de la fuerza al encuentro de los asaltantes y les presentó batalla. No poco asombro tuvieron los indios viéndose atacados por los que consideraban tan débiles; sostuvieron, no obstante, el combate trabándose enconada refriega, en

<sup>1</sup> *Relación de la villa de Valladolid hecha á Su Magestad en 8 de Abril de 1579.*

<sup>2</sup> *Relación de Juan Farfán, el viejo, vecino de la villa de Valladolid, uno de los primeros conquistadores.*

que los españoles hicieron prodigios de valor: la caballería cargó repetidas veces sobre los indios, según las instrucciones del capitán Villanueva, y, á pesar de haber sembrado el suelo de cadáveres, no consiguió meter la confusión en sus filas: los ginetes, comprometidos en medio de compacta multitud, corrieron riesgo de ser cogidos prisioneros, y se salvaron merced á su bizarría é intrepidez. El capitán Villanueva no había pensado en derrotar á los indios, atendido el poco número de soldados con que contaba: su fin había sido arredrarlos con la audacia del ataque, y conseguido esto, ordenó la retirada y se puso á la defensiva, fortificándose en la villa. Su estratagema le salió bien: los indios se amedrentaron, y pensando que los españoles no serían tan pocos como habían creído, se abstuvieron de dar el asalto, contentándose con sitiar la villa é impedir toda introducción de víveres: los sitiados, en su propósito de mantener en respeto á los indios mientras llegaban los auxilios de Mérida, continuaron molestandolos diariamente con salidas y embestidas por diferentes puntos.

Al saberse en Mérida lo que pasaba en el oriente hubo gran zozobra, por la consideración de lo atrevidos que eran los indios orientales y lo exiguo del número de españoles que había allí en disposición de resistirles. Ni el capitán general Montejo, ni otros célebres capitanes de probada experiencia estaban entonces en Mérida; que todos habían ido á Campeche á recibir al Adelantado. El ayuntamiento se reunió en sesión extraordinaria, mandó alistar tropa, nombró por capitán de ella á Francisco Tamayo Pacheco, y le ordenó que inmediatamente

saliese y fuese á marchas forzadas en socorro de Valladolid.

Salió el capitán Tamayo con cuarenta hombres españoles y muchos indios amigos,<sup>1</sup> y anduvo con tanta presteza que en veinticuatro horas pudo organizar su pequeña fuerza y en una semana llegar á Valladolid. En el trayecto, más de una vez encontró los caminos cerrados, y aun guerrillas y emboscadas que le llamaban la atención y pretendían detenerle: era que la noticia del levantamiento de los Cupules se había esparcido por toda la península y en muchos lugares encontraba eco y simpatías. Si Valladolid hubiera caído en poder de los indios no hubiera tardado en propagarse la sublevación como en un reguero de pólvora se propaga el incendio.

El capitán Tamayo rompió el sitio á viva fuerza y penetró á la villa, con grande regocijo de los sitiados que se juzgaron ya salvos.

Con este refuerzo, los sitiados cobraron bríos, y, sin esperar la llegada de los nuevos auxilios que se anunciaban, tomaron la ofensiva y atacaron á los indios por todos lados, obligándolos á retirarse de las cercanías, aunque sin conseguir derrotarlos por completo.

El adelantado Montejo supo en Campeche, al llegar, las malas noticias de la sublevación, y se propuso ahogarla en el más breve tiempo posible. Invitó á los indios de Champotón y de Campeche á que le sirviesen como aliados en la guerra, con promesa de recompensarlos: envió á Juan de Aguilar

<sup>1</sup> Cogolludo. *Historia de Yucatán*, tomo II, pág. 400.

y á Hernando y Francisco de Bracamonte con nuevos refuerzos de españoles é indios en socorro de Valladolid, y nombró por general en jefe á su sobrino Francisco de Montejo y por maestro de campo á Alonso de Zieza, que ya conocían perfectamente el terreno en el cual debía llevarse la campaña, como que ellos habían sido los jefes principales que se habían entendido en la pacificación de los cacicazgos de Cupul, Chikinchel y Tazes. Salió el capitán general Montejo con sesenta soldados españoles<sup>1</sup> y un gran número de indios aliados, y en el camino, después de Izamal, tuvo algunos encuentros con los indios, limitándose á dispersarlos sin detenerse en su marcha. Su tío le había ordenado que tratase de persuadir á los indios, por medios pacíficos y conciliatorios, á que depusiesen las armas, y que excusase cuanto fuese posible la guerra. No dejaría de sonreírse de las ilusiones que abrigaba su jefe: conociendo la pertinacia y ardores bélicos de los Cupules, no se arrullaba con locas esperanzas de hacerlos sosegar con buenas razones, pues demasiado sabía por propia experiencia que con estos indios no había medio asequible sino darles guerra y vencerlos en buena lid hasta que se rindiesen á discreción; mas no queriendo desdeñar las instrucciones del Adelantado, su primera orden fué suspender toda hostilidad: propuso á los rebeldes la paz, el perdón y el olvido de todo agravio, siempre que se sometiesen de buena gana y se retirasen á los pueblos de su vecindad con reconocimiento perfecto del dominio y autoridad de los españoles. La concilia-

<sup>1</sup> *Relación de Juan Cano, el viejo.*

ción era imposible entre los contendientes, pues mientras que los indios querían que los españoles desalojasen el país, éstos, lejos de querer abandonarlo, pretendían vivir en él y ser los señores. Después de algunos días de tregua, se rompieron de nuevo las hostilidades: salió el capitán general Montejo de la villa en forma de batalla, y atacó á los indios en sus posiciones: éstos las defendieron vigorosamente. La pelea duró hasta la tarde, en que los españoles se retiraron en buena formación, después de haber sufrido algunas pérdidas: á la mañana siguiente, se continuó el ataque, y los indios continuaron siempre firmes en sus posiciones: fué necesario atacarlos reiteradas veces y en diversos días para que empezasen á cejar. Murieron veinte españoles y más de quinientos indios aliados en estos encuentros; pero las pérdidas de los rebeldes fueron tan graves que engendraron en ellos el desaliento: empezaron á desalojar sus posiciones por grupos, yéndose á sus pueblos, y pronto quedó libre de enemigos la villa de Valladolid.

Esta retirada no concluía la rebelión, porque los indios estaban resueltos á continuar la lucha en su pueblo respectivo y no reconocer la autoridad española. Estaban ya, sin embargo, en camino de ser subyugados, porque divididos presentaban menos resistencia: los españoles habían reunido un núcleo respetable de fuerzas en el oriente, y su prestigio se había aumentado con el levantamiento del sitio de Valladolid: la insurrección tenía que decrecer y los indecisos entre los indios iban á temer declararse por los rebeldes: la lucha solo iba á continuar con los más porfiados. Montejo, el so-

brino, dividió su ejército en varios trozos: Francisco de Zieza fué á atacar á Chaan-Cenote, Juan de Aguilar á Pixtemax, y el mismo Montejo á Chemax: Hernando de Bracamonte fué destinado á recorrer varios pueblos, que aunque no se habían alzado, había temor de que se sublevasen.

En Pixtemax encontró Aguilar á los indios fortificados en una altura que fué necesario tomar por asalto: se rompieron los fuegos y los indios en vez de dispersarse, se sostuvieron con tesón y coraje. Uno de los soldados de Aguilar, Sebastián Vasquez, se adelantó demasiado y fué cercado por ciento cincuenta indios, contra los cuales pugnaba á brazo partido; pero siendo él solo, y los enemigos numerosos, hubiera sido matado, si por su buena suerte no le hubiera distinguido en tan gran aprieto el capitán Aguilar que por el otro lado subía con algunos soldados al asalto: acudió presuroso á su socorro, y atacando á los indios libró á su subalterno de una muerte segura. El arrojo de Vasquez favoreció, pues los indios que le atacaban, viéndose repelidos, metieron el desaliento en su campo y se declaró la fuga: Pixtemax quedó en breve en poder de los españoles.

Por el rumbo de Chemax también se habían conseguido fáciles victorias contra los desunidos indios. Ocupado Chemax, Montejo sacó varios piquetes á explorar los campos, descubrir las rancharías y guaridas de los indios y reducirlos á volver á sus pueblos. Los españoles estaban interesados en que los indios no emigrasen á las selvas sino que volviesen á habitar sus pueblos y así no se disminuyese el tributo correspondiente á los enco-